

sible saber de donde venía. Aquella visita me había cogido de sorpresa, no vi más que una criatura cuyo nacimiento querían ocultar y una cantidad destinada al pago de los cuidados que la debían ser proporcionados.

Además, aquella señora parecía tan franca, tan leal, tan firme en sus resoluciones que no podía dudar de sus promesas. ¿Qué más puedo decir? Transcurrieron los días, las semanas, los meses y los años. Nada vino á iluminarme. Poco á poco me fuí acostumbrando á aquel extraño silencio y á mis funciones de tutor. Os hice bautizar en la iglesia de Aubignac. Os hice inscribir allí con los nombres que llevais. Vine á menudo á visitaros y no he dejado nunca de oír hablar de vos. Tomé gran cariño al pequeño ser, del cual me había encargado y que merecía las simpatías de todo el mundo, porque habeis sido siempre encantadora. Empléé escrupulosamente, puesto que hay que decirlo, la cantidad que me había sido entregada en pago de los gastos que os concernian, y cuya cifra había sido precisada por la desconocida, y administré vuestra fortuna con la mayor prudencia. Esta cantidad era bastante considerable. Tardó mucho en agotarse. Hubiera durado más tiempo, pero aquélla que me la había confiado se mostró más generosa con vuestros guardianes de lo que yo hubiera querido. Yo tuve que respetar escrupulosamente sus intenciones. En los últimos años, y hubiera debido callaros este detalle, he tenido que pagar de mi propio bolsillo el importe de vuestra pensión. Si me preguntáseis por qué consentí en este sacrificio que nadie me imponía, os diría que cuando se ha empezado una buena

acción siempre gusta llevarla á buen fin, que después de tantos años de soledad, no podía abandonaros á mi vez, que sentía una especie de ternura por vos...

La voz del señor Pilet tenía la dulzura de la miel; su alta y delgada silueta se inclinaba sobre los cabellos de Aurora como un sauce llo-ron sobre las aguas de un estanque.

Hablaba con la unción de un pastor de alma que trata de llevar sus rebaños por los senderos de la sabiduría y de la virtud.

Sin embargo, la joven no se dejaba engañar,

Su instinto la advertía que había en aquel hombre tan sencillo en apariencia, tan despegado de los bienes de este mundo, tan rodeado de consideración y de aprecio algo que era malo y engañador.

Permanecía á la defensiva, pero sin dar más que señales de respeto y de gratitud á aquel protector que no hablaba de su generosidad sino con la más delicada reserva.

El notario prosiguió:

—No podía por menos de tener algunas inquietudes sobre vuestro porvenir, cuando estos últimos días se ha producido un suceso que me ha llenado de alegría.

Envolvióá su pupila en una paternal mirada y añadió:

—¡Creo que ya me habrás comprendido!...

La joven inclinó la cabeza.

—El casamiento que se os propone, ¿no es eso?

Aurora contestó con el mismo signo.

—A mi modo de ver no podía ocurrir nada mejor... Cuando la señora Chavarux me anun-

ció las intenciones de su hijo, que no ha podido vivir á vuestro lado sin ser víctima de esa gracia que todo el mundo os reconoce, me puse contentísimo. Era para mí una solución, un remedio á una situación que me empezaba á preocupar. Nada tengo que deciros de Bernardo; le conocéis. Bajo apariencias un poco rústicas oculta un corazón excelente; es además muy inteligente, y reúne todo cuanto hace falta para hacer feliz á una mujer. Estas son cualidades positivas, pero que á veces atraen poco á las jóvenes. Las prefieren más brillantes y hacen mal. Si aceptais á Bernardo por esposo, tendreis el reposo, el bienestar, la felicidad. ¿Lo creéis así?

La joven extendió el brazo haciendo un gesto de incertidumbre.

—Creedme, al menos porque os lo digo yo. Una larga experiencia me ha enseñado á juzgar á los hombres. Es por vuestro bien y por la ternura que me inspirais por lo que insisto. Si por desgracia os obstináis en rechazarle, destruyendo nuestras esperanzas, pensad en lo que os espera.

Y al llegar á este punto el señor Pilet, levantó el dedo índice de su mano derecha, como si quisiera señalar en el horizonte la tormenta que se acerca y que está próxima á estallar sobre nuestras cabezas, dijo:

—En vez del reposo y del bienestar que procuró proporcionaros, os lanzaréis á una vida de incertidumbres y aventuras. Os veréis condenada á seguir un camino á la casualidad, cuyas dificultades y vicios desconocéis y cuyo egoísmo feroz va más allá de cuanto os podeis imaginar. Escuchadme bien... Yo doy sesenta

mil francos para favorecer esta boda, que me parece muy bien, porque os he criado; porque soy muy rico—por qué no decirlo,—libre, sin herederos y casi sin familia. Los doy por el cariño que os profeso, y además, porque estoy seguro de que entre las manos de Bernardo no estarán perdidos, que fructificarán en abundancia y serán la fuente de la cual brotará una fortuna semejante á la mía.

Esto era decir claramente, que en caso de negativa el señor Pilet no entregaría ni un céntimo.

El orgullo de la joven se reveló, pero no se dejó ver al exterior más que por un suspiro que levantó su pecho, una contracción de sus labios y por sus cejas que se fruncieron.

El notario pudo creer por un instante que había convencido á su pupila.

Se expresaba con tanta convicción como dulzura.

—Ya sé—dijo para terminar—que una joven como vos, elegante, hermosa hasta la exageración, puede encontrar el nombre de Chavarux y al joven que lo lleva, muy por debajo de vuestros sueños; pero en Auvernia hay muchos nombres que se parecen al suyo. Además, es honrado y es una cualidad de la que carecen la mayoría de los más elevados y sonoros.

El sermón tocaba á su fin.

El señor Pilet se colocó delante de Aurora y la examinó atentamente, tratando de adivinar sus más secretos pensamientos.

Indudablemente aquel examen no debió ser favorable, porque dejó escapar un sordo gruñido,

—¿Y qué?—preguntó con voz menos meloso;—¿qué pensáis de nuestros proyectos?

La joven parecía haberse olvidado de Bernardo Chavarux y de la boda que la estaban proporcionando con tanto calor.

—¿De modo que no habéis sabido nunca el nombre de aquella señora?

El señor Pilet dió un bote.

—¿De quién habláis?—dijo arqueando las cejas.

—De la que fué una noche á vuestro estudio hace diez y ocho años.

—Ya os dicho que lo ignoro...

—Es raro.

—¿Dudáis de mi palabra?

—Dios me libre; pero...

—¿Queréis conservar una esperanza?

—¿No tenéis vos ninguna acaso?

—No se puede afirmar nada; pero lo cierto es que las he perdido hace ya muchos años.

—¿De modo que no podré saber nunca cual es mi familia?

—Creo que no debéis formar sobre este punto ninguna ilusión.

—¿No encontraré á mi madre?...

—Ha renegado de vos, y á menos que no ocurra un milagro...

—¡Oh!—exclamó Aurora—los milagros, yo no creo en ellos... Por lo menos yo no creo que Dios se tome el trabajo de hacer uno en mi favor...

—Sin embargo...

—Vais á decirme—exclamó con firmeza—que esta boda que se me propone es uno que raya en lo prodigioso...

—Por lo menos es debido á un concurso de

circunstancias que no hubieran podido producirse y que yo creo dichosas...

—Decid increíbles...

—No.

La joven añadió con amargura:

—¿No estoy sin ningún recurso, exceptuando aquellos con que vuestra generosidad puede ayudarme, sin que tengais obligación de hacerlo?

—Es verdad.

—En ese caso es para mí una dicha inesperada el encontrar un joven como Bernardo, que puede aspirar á una fortuna, que pretende mi mano, que no lleva más dote que la que me concedéis por piedad...

—¡Oh!

—O por bondad, si os gusta más la palabra. De modo que debía acoger con alegría la proposición que se me hace, seguir vuestros consejos; pero degradingamente para mí, si no para los otros.

—¡Acabad!

—Puedo profesar una amistad franca y sincera á Bernardo; pero no tengo valor para ser...

—¿Su mujer?

—Es cierto.

Al oír esta declaración, los labios del señor Pilet se crisparon, y sus afilados dedos, al doblarse, le arañaron las palmas de sus manos.

Se encontraba en aquel momento en una avenida de álamos, en medio de la cual se paró.

Poco después se volvió á continuar el paseo acompañado de su pupila, que empezaba á notar las señales de cólera que habían sucedido á su aspecto bonachón.

La joven no pensaba en los Chavarux.

Tan sólo se hacía estas reflexiones:

—Todas mis esperanzas se desvanecen como el humo. No conoceré jamás el secreto de mi nacimiento.

Y se decía también:

—No puedo seguir viviendo de limosna... Ya he recibido bastantes.

Al cabo de un instante, el señor Pilet se la quedó mirando con sus biliosos ojillos, y la dijo:

—Tened cuidado, no os podeis ni imaginar á lo que os vereis reducida, la vida no es lo que os habeis figurado.

—Estoy dispuesta á sufrir todas las desdichas.

—Es que hay una que anonada las uaturalezas más enérgicas.

—¿Cual?

—La miseria.

Aurora no se desconcertó.

—¿Desde hoy debo temerla?—preguntó mirando al anciano frente á frente.

El se debió creer descubierto.

La límpida mirada de la joven y la pureza de sus ojos produjeron un efecto de intimidación en aquel hombre sin conciencia y sin honor. ¿Su abuso de confianza tan vergonzoso, tan infame, era sospechado por aquella jóven sin experiencia, por aquella victima á la cual robaba los recursos que la condesa de Arvil, su abuela, le había confiado precisamente para la época más difícil de su vida, á la que había llegado?

Semejante suposición le hizo cruel.

—Quería ayudaros, salvaros quizás—dijo

brutalmente—y os acabo de dar una prueba. Por razones muy largas de explicar, deseo que esta boda se haga. Me interesa el porvenir de Bernardo tanto ó más que el vuestro. He basado secretas esperanzas en esta unión que desdénais. Si por un capricho que juzgo incomprendible, persistís en vuestra negativa, tendreis que renunciar á mi protección... He cumplido mi deber, he llegado más allá de lo debido. Tengo tranquila la conciencia. ¡Decidíos!...

La joven pausadamente:

—Está b Veré... Os contestaré...

Pero ya tomado una resolución.

Adivinaba un complot fraguado á su alrededor, una especie de traición de aquel hombre cuya maldad comprendía y al cual no había querido nunca.

No era más que un vago presentimiento, pero Aurora comprendía que entre ella y aquellas gentes, tan distintas, existía un abismo infranqueable.

Quería alejarse de ellas para siempre.

No tenía á su lado ni un amigo, ni un corazón en el cual pudiese confiar sus secretos, sus aspiraciones y sus pesares.

¡Pues bien; obraría por sí sola y se confiaría en la gracia de Dios!

El señor Pilet, furioso y descontento, se dirigía hacia el castillo.

—¿Es cosa decidida?—preguntó á la joven cuando sólo se hallaban á algunos pasos.

—Sí.

—¿Queréis reflexionar?

—En efecto.

—¿Cuánto tiempo?

—Ocho días... ¿Es mucho?

—No. ¿Es esta la respuesta que debo dar á los Chavarux?

—Sí.

—¿Os acordaréis de lo que os he dicho?

—¡No podré olvidarlo!

—Lo que os ofrezco es la salvación.

La joven no contestó.

Bernardo Chavarux muy ansioso esperaba en el dintel de la puerta el resultado de la entrevista.

La joven pasó á su lado sin detenerse, tratando de sonreír, se inclinó ante el notario y subió á su cuarto.

Una vez en él, se dejó caer en una silla y permaneció inmóvil, con los ojos secos, el pecho oprimido por inmensa angustia.

Todo había terminado.

Se encontraba tan sola como si hubiese desembarcado en una isla desierta.

El inflexible anciano acababa de arrancar de aquel corazón enfermo la pequeña flor que aún queda en el fondo del más enfermo, y que se llama esperanza.

—¿Y qué?—preguntaron al notario á la vez el padre, la madre y el hijo.

—No dice que no... Quiere reflexionar algún tiempo...

—¿Cuánto?

—Ocho días.

—¡Ah!—gruñó Bernardo.—¿Está mal dispuesta?

—No muy bien...

—Es raro...

—Ha habido su pro y su contra... Titubea... Conoce la situación... Es tan clara como el día.

Con esta boda, todo; sin ella nada. Mi misión queda terminada.

Y dirigiéndose á Bernardo, le dijo:

—Tú debes convencerla.

—Se la convencerá.

—Quiere ocho días para reflexionar. Te doy, pues, ocho días de licencia.

El escribiente guiñó el ojo.

—Gracias, no perderé el tiempo... Ya lo veréis.

A las tres de la tarde el cochecillo salía por la verja.

Pero en el no iba más que un solo viajero.

El heredero de los Chavarux se quedaba en Aubignac.

A el correspondía desde entonces llevar la empresa á buen término.

Al mismo tiempo que el carruaje rodaba hacia Vichy, el señor Pilet se hacia el siguiente calculo:

—La boda se hará ó no se hará. En el primer caso gano una tranquilidad perfecta y ahogo los gritos de mi conciencia...

¡Su conciencia! La conciencia de aquel truhan que amenazaba con dejar en la miseria á la dueña de la mayor parte de su fortuna.

—En el segundo, estoy menos tranquilo; pero me gano sesenta hermosos billetes de mil francos.

Era una compensación.

El señor Pilet hacia casi votos porque no se verificara la boda de su protegida con Bernardo Chavarux.

Aquel miserable millonario sentía ya el único acto de generosidad que había tenido en su vida,